

DESDE EL MITO A LA HISTORIA*

José Antonio Caballero López

Universidad de La Rioja

Nadie puede tener dudas de que el mito ha desempeñado un papel importante en la historia y el desarrollo de la inteligencia humana. La ciencia apenas si ha nacido ayer. Los mitos tienen antigüedad de milenios y son tan jóvenes hoy como lo fueron en el momento originario.

El mito había sido, podríamos decir, la primera clase de narración «histórica» y, aunque es tarea difícil averiguar lo que hay de histórico detrás del mito, no se puede despreciar el valor que poseen las principales leyendas en cuanto esquemas de lejanos procesos históricos. Piénsese, por ejemplo, en los egipcios Cécrops en Atenas y Dánao en Argos, o el fenicio Cadmo en Tebas. Son héroes fundadores de importantes ciudades griegas en cuya leyenda se esconde un vago recuerdo de la afluencia de elementos mediterráneos sobre zonas de influencia primordialmente indoeuropea.

Es cierto que una de las tareas que desde que nace la historiografía más desvela al historiador es la de corregir las interpretaciones que distorsionan el conocimiento fidedigno de los hechos. Pero nunca ha sido capaz de ponerle un freno a las imágenes que ininterrumpidamente brotan del pasado y se instalan en el pre-

* Este trabajo se enmarca dentro del proyecto «Historiografía grecolatina e historiografía del Renacimiento. Los *Commentaria* de Annio de Viterbo», subvencionado por la DGES (Ref. PB98-0194) y por la Universidad de La Rioja (Ref. API-00/B05).

sente, o a las que cada uno de los diversos actores sociales inventa o imagina acerca del pasado.

Homero, en Grecia, tenía una autoridad demasiado grande como para no ser usado por los historiadores como testimonio con respecto a acontecimientos específicos, aunque en Homero mismo no hay muchas de las cosas que generaciones posteriores encontraban en él. Léase, por ejemplo, el conflicto entre griegos y bárbaros o la hostilidad permanente entre Europa y Asia. La *Ilíada* no debía de ser, originalmente, un capítulo de la historia de las guerras entre Oriente y Occidente. Sin embargo, la *Ilíada* fue considerada así y Heródoto, el llamado por Cicerón «padre de la historia» (*De legibus* I, 1, 5), era ya consciente de ello.

La poesía épica, ciertamente, parecía haber satisfecho hasta el comienzo de la historiografía el deseo de conocer el pasado entre los griegos. La musa había cantado para la posteridad los grandes sucesos de las grandes familias del pasado heroico. En particular, lo que Homero, Hesíodo y los autores del llamado «ciclo épico» habían dicho sobre dioses, hombres y hechos constituía la «historia» para la mayoría de los griegos.

Nadie dudaba de que los personajes ahí citados hubieran existido; todos creían que los hechos allí narrados habían sucedido realmente. Tanto es así que muchos griegos estaban convencidos de que su mitología heroica era su historia antigua; su «conciencia histórica» estaba íntimamente ligada a sus mitos heroicos. Teseo viajó a Creta a matar al Minotauro, Heracles realizó los famosos doce trabajos y alguno más, Odiseo realizó un viaje a Ítaca de la manera como lo contaban los poemas épicos. Nosotros hoy los consideramos mitos y leyendas; pero en Grecia, antes de que alguien atisbase la «historia», el mito hacía el pasado inteligible y lo dotaba de sentido. Hechos y personajes se integraban sin solución de continuidad en las diversas series genealógicas y en su misma concepción se descubren la sucesión cronológica y la idea de cambio como ejes fundamentales del pensamiento histórico.

La historiografía nace, precisamente, en el momento en el que se advierte que los mitos y los relatos de la épica, a los que se había confiado el pasado, son irreconciliables con los datos de la experiencia. Es decir, sólo cuando los griegos miran su pasado con una actitud crítica comienza la historiografía. La comparación con los datos de la experiencia constituía el «criterio» (en el sentido etimológico de «discernimiento») que permitía rechazar los mitos por contener histo-

rias inverosímiles. Ése es el sentido de la declaración programática en el comienzo de la historiografía, atribuida al logógrafo griego Hecateo de Mileto, del siglo VI a.J.C., en la que, por primera vez, se apela a la exigencia de verdad para el relato de los acontecimientos:

Así habla Hecateo de Mileto: voy a escribir lo que es la verdad, según me parece a mí; pues las historias contadas por los griegos son, en mi opinión, contradictorias y ridículas. (*FGrHist* 1 F 1)

El resultado fue, en definitiva, el nacimiento en el siglo V a.J.C. de una nueva actividad intelectual: la del historiador, que pretende hacer el pasado comprensible y exponerlo con orden y veracidad; y un nuevo género literario: la historiografía, caracterizado por una metodología y unos condicionamientos estilísticos peculiares.

Los griegos no crearon una palabra específica para esta actividad. Comenzaron llamando *logopoiói* (Heródoto, II, 143,1; V, 36, 2; 125) o «logógrafos» (Tucídides, I, 21, 1) a quienes la practicaban, por referencia a la forma en prosa que adoptaron sus escritos, en contraste con el *épos*; pero también aludiendo a la narración de algo que se ha escogido (acepción del verbo griego *légein*), y de algo que ha sido puesto en orden según una racionalidad (literalmente, en griego, un *katà lógon*). Logógrafo, por tanto, es un escritor en prosa que pone en orden lo que ha visto y oído, orden enmarcado en el espacio y en el tiempo¹.

Es Heródoto, en la segunda mitad del siglo V a.J.C., quien emplea por vez primera la palabra «historia» (*historíe*), concretamente en el proemio de su obra. La palabra está relacionada con la raíz indoeuropea **wid-* que significa «ver» (con presencia en el sánscrito *veda* «ver, saber», que es el segundo componente del nombre de los libros de la sabiduría; en el latín *videre* «ver»; en el alemán *wis-sen* «conocer»; en el inglés *wit* «ingenio»). En griego esta raíz aparece en *ideîn* «ver» y *eidénai* «saber». A través del sustantivo (*h*)*ístor*, que significa etimológicamente «quien sabe algo por haberlo visto», «árbitro»², se formó *historía* (*historíe* en el dialecto jónico) con el significado de «indagación», «averiguación» y, de ahí, el de «resultado de la investigación, relato de la averiguación» que es el

¹ *Lógos* no se opondría a mito, sino a *épos*, *métron*. Véase A. Díaz Tejera, «Los albores de la historiografía griega. Dialéctica entre mito e historia», *Emerita* 61 (1993), pp. 357-374, p. 366.

² Ya con este último significado se atestigua en la epopeya homérica, por ejemplo, en *Iliada* XXIII, 486.

más conocido para nosotros. El «historiador» venía a ser, pues, un testigo, alguien que había visto lo que contaba; y un «investigador» o buscador de la verdad, aquel cuya experiencia y aplicación intelectual le permitían poner orden en los hechos y establecer su certera relación causal.

Ambos términos, logografía e historia, dan las claves esenciales para comprender las diferencias, en la forma, entre este nuevo género literario y los que se venían cultivando anteriormente. Y, en el contenido, entre el mito y la historia. Con el nacimiento de la historiografía ya no es la tradición lo que cuenta; la verdad ya no tiene ningún fundamento religioso o ético, sino unas raíces laicas y pragmáticas. La verdad pasa a ser fruto de una investigación particular, obra de un hombre que observa, piensa y escribe.

Así pues, la historiografía clásica, al menos en sus comienzos programáticos, había llegado a distinguir claramente entre mito e historia. La conocida formulación de Varrón, citado por Censorino en su *De die natali*³, señala, en efecto, un período anterior al primer cataclismo, sobre el que todo era desconocido, de donde el nombre de *ádelon* «oscuro»; una época anterior a la primera olimpiada, a la que se calificaba como «mítica»; y la época posterior a la primera olimpiada (776 a.J.C.), a la que se llamaba propiamente «histórica», porque los relatos que de ella se poseían eran ya veraces.

Pero la cronografía cristiana rompe, de nuevo, con la división entre mito e historia. Con el cristianismo todo es ya historia; pues, al atribuir la categoría de *vera historia* a la Biblia, que comienza desde la mismísima Creación, no se deja lugar alguno para el mito⁴. Lo único que el historiador cristiano consideraba mítico eran ciertos relatos fabulosos de los paganos. Pero incluso esa opinión desapareció cuando se extendió entre los cristianos la doctrina del filósofo Evémero de Mesina, que dejaba reducido el Panteón de la mitología clásica a un cortejo de héroes, sabios y soberanos eminentes divinizados por la admiración popular⁵.

³ 21, 1, ed. O. Jahn, 1965: *Hic [...] tria discrimina temporum esse tradit: primum ab hominum principio ad cathaclismum priorem, quod propter ignorantiam vocatur adelon, secundum a cathaclismo priore ad olympiadem primam, quod, quia multa in eo fabulosa referuntur, mythicon appellatur, tertium a prima olympiade ad nos, quod dicitur historicon, quia res in eo gestae veris historiis continentur ...*

⁴ Cf. C. Codoñer, «Las Crónicas latinas del siglo IV», en *Los géneros literarios. Actes del VII Simposi d'Estudis Clàssics (21-24 de març de 1983)*, Bellaterra, 1985, pp. 126-127.

⁵ Evémero de Mesina (330-250 a.J.C.) afirma que los dioses, cuando no representaban las fuerzas de la naturaleza, eran en origen sólo hombres, que por sus cualidades excepcionales habían conquistado la veneración de sus súbditos. Evémero escribió en griego un libro titulado *Anagraphè hierá* en el que

Convertidos por ese procedimiento en mortales, se aseguraba la inanidad del paganismo, ya que no significaban competencia alguna para el *verus Deus*⁶. Pero es durante el siglo VII, en las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla, cuando la aplicación del evemerismo a la historia alcanza su más interesante manifestación. San Isidoro, aceptando el principio evemerista, busca y encuentra en la mitología clásica héroes civilizadores y benefactores de la humanidad (destructores de monstruos, fundadores de ciudades, inventores de las artes) y los sitúa en el mismo nivel, a veces incluso en el mismo linaje, que los personajes de la Historia Sagrada (patriarcas, jueces, profetas).

Tras el hispalense no habrá cronista que omita la inserción en sus historias universales de dioses y héroes míticos humanizados⁷. Y es que la propia inclusión del mito, por su prestigio y valor paradigmático, permitía ampliar y encarecer el fondo de antigüedad y, por tanto, mejorar la ejecutoria de nobleza del país o reino que se historiaba.

Ése sería el principal vehículo de reintroducción de los mitos en la historiografía⁸. Los historiadores buscaban testigos y antepasados para una línea genealógica que debía constituir «una verdadera forma de conciencia étnica»⁹, cuando no un prestigioso origen dinástico. Y los personajes de la mitología se convirtieron en antiguos progenitores, epónimos y gloriosos gobernantes.

El sistema de interpretación histórica de los mitos clásicos prácticamente no varió hasta los años del Renacimiento, cuando el interés creciente por las civilizaciones de Grecia y Roma llevó a elaborar una explicación sistemática y autónoma de la antigua mitología¹⁰, hecho que será decisivo para el nacimiento de un

expone en forma alegórica su interpretación racionalista de la religión griega. El libro habla de un hipotético viaje y de una ciudad ideal: Panquea, situada en una isla del Océano, en la que había una estela de oro que narraba las gestas de Urano, Crono y Zeus. Sobre la base de este «testimonio», Evémero explica una teoría llamada a ejercer una enorme influencia. A su difusión contribuiría enormemente Diodoro Sículo, que aplica el evemerismo en su *Biblioteca Histórica*.

⁶ La mejor guía sobre el origen y transcendencia del evemerismo sigue hallándose en J. Seznec, *Los Dioses de la Antigüedad*, Madrid, 1983. Puede verse también D. Cameron Allen, *Mysteriously Meant. The Rediscovery of Pagan Symbolism and Allegorical Interpretation in the Renaissance*, Baltimore, 1970.

⁷ Cf. J. Seznec, *op.cit.*, pp. 21-22.

⁸ No consideramos las simples alusiones míticas de sabor literario que a modo de *amplificatio* se leen a lo largo de las obras históricas.

⁹ Cf. J. Seznec, *op.cit.*, p. 24.

¹⁰ Así en el *De Genealogia Deorum*, la vasta compilación de mitología clásica en 15 libros realizada por Boccaccio, donde se emplea la interpretación literal, moral y anagógica del mito.

mayor criticismo tanto en la búsqueda de las fuentes como en el uso de mitos en las obras de historia.

Realizadas estas consideraciones previas acerca del debate entre el mito y la historia, nuestro propósito en las próximas páginas va a ser estudiar los mitos y leyendas que sirvieron para conformar el imaginario patrio de España. Nuestro interés se centrará en las llamadas historias «generales», que son las que pretenden abarcar la totalidad de los tiempos, desde su «fundación» y primeros pobladores hasta los años del cronista¹¹. No nos vamos a referir tanto a las simples alusiones míticas, que en forma de antonomasias se leen a lo largo de una obra, cuanto a la serie de mitos y sus variantes que se utilizan en los capítulos que abordan la historia más remota de la Península y que sus autores retrotraían hasta la época mítica, considerada —ya lo hemos dicho— como histórica. Su pretensión consistía en probar la antigüedad de España, de su población y de la institución más preciada por la mayoría de esos historiadores, la monarquía.

Comenzaremos con la obra que marca un antes y un después al respecto: la *Historia de rebus Hispaniae* de Rodrigo Jiménez de Rada (del siglo XIII), la primera en establecer de forma coherente el pasado mítico de España, y acabaremos con las fabulaciones de Annio de Viterbo, de finales del siglo XV, cuyas míticas invenciones ejercieron una notable influencia en la historiografía posterior.

Pues bien, ya hacía siglos que se venía cultivando en la Europa de la Edad Media ese tipo de gran historia general que abarcaba todos los tiempos. Pero en España hemos de esperar hasta el siglo XIII, hasta la *Historia de rebus Hispaniae* de Rodrigo Jiménez de Rada, el «Toledano», la primera historia monográfica de España desde la Creación y el Diluvio¹². Fue probablemente la política internacional de la corona castellano-leonesa la que incitó a llenar este vacío de la historia española con el fin de corregir la mala reputación de España en Europa¹³;

¹¹ Véase J. A. Caballero López, «El mito en las Historias de la España primitiva», *Excerpta Philologica* 7-8 (1997-1998), pp. 83-99.

¹² *Roderici Ximenii archiepiscopi de rebus Hispaniae libri X*, en *Hispaniae Illustratae...scriptores varii*, ed. A. Schott, 4 vols., Frankfurt, 1603-1605. La *Historia* del Toledano está en el volumen II, pp. 25-148. Hay edición moderna de J. Fernández Valverde, *Roderici Ximenii de Rada historia de rebus Hispaniae*, Corpus Christ., Cont. med., LXXII, Turnhout, 1987. De J. Fernández Valverde es también la traducción: *Rodrigo Jiménez de Rada. Historia de los hechos de España*, Madrid, 1989.

¹³ Cf. R.B. Tate, «Mitología en la historiografía española de la Edad Media y del Renacimiento», en *Ensayos sobre la Historiografía Peninsular del siglo XV*, Madrid, 1970, pp. 13-32; p. 17.

una España que se identificaba ya con el conjunto territorial de la Península Ibérica, al margen de su división en reinos¹⁴. Un cronista inglés de la época, Mathieu de París, por ejemplo, había definido a los hispanos en sus *Chronica maiora* (V, 450) como «la escoria de la humanidad» (*hominum peripsema*)¹⁵. La monarquía castellana pensaría que el prestigio se podía recuperar no sólo probando la antigüedad de los españoles y de su realeza, como ya habían hecho otros en Europa para sus respectivos reinos, sino también subrayando la continuidad histórica del pueblo godo en las dinastías peninsulares.

Por encargo de Fernando III, el objetivo de Jiménez de Rada será, pues, relatar el origen y los hechos de los godos, el pueblo que habría dado a España su particular ser tras arrebatársela a los romanos. Políticamente —opina F. Rico—, «la lucha contra el moro se dejaba entender como el esfuerzo por restablecer precisamente una continuidad rota y obligaba a volver la vista atrás, a un ámbito nacional que se ofrecía a la vez como inicio y como meta»¹⁶. Por ello se aligera notablemente el conjunto de la historia antigua de la Península Ibérica. A ella sólo están dedicados los siete primeros capítulos, que, para nosotros, revisten un gran interés porque, aunándose la tradición bíblica y la greco-romana, establecen de manera coherente el origen mítico de España con la procedencia diluviana de los hispanos y la leyenda de Hércules y de Hispán como origen de la monarquía española. Veamos cuáles son las claves fundamentales de ese pasado mítico.

Para un cristiano, el más antiguo de los orígenes de cualquier pueblo no podía retrotraerse más allá del Diluvio y de Noé. Por ello, la destrucción de Troya o la fundación de Roma, con que daban comienzo las historias universales de griegos y romanos respectivamente, se sustituyen ahora por la Creación y el Diluvio, como ya hicieran Eusebio¹⁷ y, a partir de él, San Jerónimo y San Isidoro.

A su vez, una noticia procedente de las *Antigüedades Judaicas* de Flavio Josefo (I, 6, 1) refería que Túbal, hijo de Jafet, uno de los descendientes de Noé, había llegado a Hispania. Josefo reproduciría en ella el saber admitido como váli-

¹⁴ Cf. J.A. Maravall, *El concepto de España en la Edad Media*, Madrid, 1964 (2ª), p. 321.

¹⁵ Citado en Juan Gil, «La historiografía», en *Historia de España Menéndez Pidal. Tomo XI: La cultura del románico, Siglos XI al XIII*. Madrid, 1995, pp. 2-112; p. 89.

¹⁶ F. Rico, *Alfonso el Sabio y la General Estoria. Tres lecciones*, Barcelona, 1984 (2ª), p. 34.

¹⁷ Eusebio, incidiendo en un camino frecuentado por los primeros apologistas, aspira a demostrar que la cultura judía es más antigua que cualquier otra y que, por lo mismo, la ejecutoria de nobleza del cristianismo es también mucho más ilustre.

do por los judíos de su época¹⁸, ya que, como Hispania era en la Antigüedad la tierra de los metales por excelencia¹⁹, los rabinos le asignaron por poblador a aquel entre los patriarcas que había creado el arte de la forja. La información de Josefo adquiere especial predicamento dentro de España y a su difusión y vigencia contribuye la «enciclopedia» isidoriana, que la incluye sin discutirla²⁰.

Y, en efecto, Jiménez de Rada escribe en su *Historia de rebus Hispaniae* que Túbal fue, tras el Diluvio, el primer poblador de la Península, para lo que aduce el correspondiente argumento etimológico, pues el antiguo gentilicio *Cetubales* quiere decir «grey de Túbal» (*coetus Tubal*) y sólo después de su asentamiento a orillas del Ebro (*Hiberus*), habrían cambiado su nombre por el de *Celtiberes*. Luego, la «grey de Túbal» se extendió por toda la Península, que llamaron Hesperia por la estrella Héspero que divisaban siempre en el horizonte, y en las distintas provincias tuvieron distintos jefes, uno de los cuales fue Gerión.

Este personaje, según el mito clásico, era un ser monstruoso con tres cabezas y tres cuerpos, que poseía magníficos rebaños en los confines occidentales del mundo y a quien Hércules, en su décimo trabajo, mató para apoderarse de ellos²¹. Heródoto (IV, 8, 2) le hace residir «en una isla que los griegos denominan Eritía, que se encuentra cerca de Gadir, ciudad ésta situada más allá de las Columnas de Heracles, a orillas de Océano»; y Diodoro Sículo (IV, 17, 1), lo mismo que Hesíodo²², le hace hijo de Calíroo «la de hermosa corriente» y del

¹⁸ Cf. M^a Rosa Lida de Malkiel, «Túbal, primer poblador de España», *Ábaco* 3, 1970, pp. 11-48; pp. 12-13.

¹⁹ Cf. Estrabón, *Geografía*, III, 2, 8: «Pero, a pesar de estar dotada dicha región de tantos bienes, no se maravillaría uno menos, sino todo lo contrario, al conocer la generosidad de sus minas: porque de ellas está repleta toda la tierra de los iberos». Y Covarrubias, s.v. «España»: «Antiguamente España devió ser para las otras naciones lo que agora las Indias para nosotros, como consta de muchos autores...».

²⁰ San Isidoro, *Etym.*, IX 2, 29: *Thubal, a quo Iberi, qui et Hispani; licet quidam ex eo et Italos suspicentur.*

²¹ De regreso de este trabajo Heracles erigiría las famosas «Columnas», una en Europa y otra en África, en el estrecho de Gibraltar, lo que, según Séneca (*Herc. fur.* 235-238; *Herc. Oet.* 1240 y 1568 y ss.), Diodoro (*Bibl. Hist.* IV, 18, 5), Plinio (*Hist. Nat.* III, 4) y Pomponio Mela (I, 27), constituye la apertura del estrecho por el héroe.

²² *Teogonía* 287ss.: «Crisaor engendró al tricéfalo Gerión unido con Calíroo, hija del ilustre Océano; a éste le mató el fornido Heracles por sus bueyes de marcha basculante en Eritía rodeada de corrientes». Estesícoro de Hímera en el siglo VI a.J.C. dedicaría un poema completo a Gerión, la *Gerioneida*, que «reflected in terms of myth the Greek expansion into Spain and over the far west in general» (T. Dunbabin, *The Western Greeks*, Oxford, 1948, p. 330).

rico Crisaor, que «reinaba sobre toda Iberia y tenía tres hijos que luchaban con él»²³. Es decir, todo apuntaba a situar en la Península Ibérica a Gerión y a su padre Crisaor, «el de la espada de oro», un nombre de lo más apropiado por la riqueza mítica de la región. Es lo que hizo directamente Estrabón, la fuente principal para la etnología de la Hispania antigua²⁴. Jiménez de Rada, sin embargo, sólo cita a Gerión, sin otros antecedentes más que los de pertenecer a la «grey» de Túbal, lo que es ya un primer dato original que pone de manifiesto de nuevo el sincretismo bíblico-clásico que pretende el Toledano. Le llama, como era tradicional²⁵, *Geryon Triceps* y, en una interpretación evemerista, le convierte en gobernante, en virtud de su nombre, de tres reinos peninsulares: Galicia, Lusitania y Bética.

Gerión le sirve al Toledano de engarce para la introducción de la saga de Hércules, de manera que la historia de España quedaba explícitamente ligada no sólo a los orígenes bíblicos, sino también al mundo clásico representado por uno de sus héroes más característicos. El Toledano detalla, en efecto, en el capítulo IV la lucha de Hércules con Gerión, a quien da muerte, y el robo de su ganado.

La literatura grecolatina había referido, ciertamente, numerosas conexiones de Hércules con el extremo occidental de Europa, localizando en esta zona geográfica la isla mítica de Eritía, residencia del pastor Gerión, las columnas de Hércules y el jardín de las Hespérides. Pero en la *Historia* de Jiménez de Rada, en lo que parece un afán por poner de relieve la presencia del héroe clásico en la Península, sus gestas se utilizan para explicar la etimología de numerosos topónimos peninsulares, ya que Hércules habría recorrido toda la Península fundando ciudades al ritmo de sus conquistas²⁶.

Así se explican Galicia (de *Galatae*, tribu que había venido con él desde Galacia), Lusitania (de *lusus Liberi* y *Ana*; referencia a los juegos que instituyó

²³ Sobre las fuentes y el significado histórico-cultural del mito de Gerión cf. J. M. Blázquez Martínez, «Gerión y otros mitos griegos en Occidente», *Gerión* 1, 1984, pp. 21-38. Con un tratamiento más amplio, *vid.* Julio Caro Baroja, «La 'realeza' y los reyes en la España antigua», en *Estudios sobre la España Antigua* (Cuadernos de la Fundación Pastor, nº 17), Madrid, 1971, pp. 51-159.

²⁴ *Geografía* III, 2, 11. Cf. J.M. Blázquez, «La Iberia de Estrabón», en *Historia de España Antigua I. Protohistoria*, Madrid, 1971, pp. 11 ss.

²⁵ Él mismo cita aquí un testimonio de las *Metamorfosis* y otro de las *Heroidas* de Ovidio.

²⁶ J. A. Estévez Sola («Aproximación a los orígenes míticos de Hispania», *Habis* 21, 1990, pp. 139-152; pp. 144-5) observa cómo el Toledano ajusta a este propósito, cambiando el nombre de Alejandro por el de Hércules, un texto de Paulo Orosio referido a las conquistas del macedonio.

cerca del río Ana –Guadiana– en honor de *Liber Pater*²⁷), Híspalis (que pobló con los *Espalos* que iban con él y porque los primeros habitáculos se sostenían sobre palos²⁸), Tarazona (es decir, *Tirasona*, de *Tyrii* y *Ausonii*, dos tribus que acompañaron al héroe en su viaje por la Península y que se asentaron en las faldas del Moncayo o *Mons Caci*, nombre que perpetúa la victoria de Hércules sobre Caco), Urgel (porque «oprimía», *urgere*, con la guerra a sus habitantes), Barcelona (o *Barchinona*, porque Hércules, tras dejar ocho naves en Galicia de las nueve que trajo, atracó con la *barcha nona* en ese lugar), etc.

Pero lo más importante de todo es que Jiménez de Rada, aunque no de la nada²⁹, crea seguidamente a Hispán, trasunto del mítico Yolao, haciéndolo un noble compañero de Hércules a quien el héroe, después de haber subyugado toda la Península, confía las riendas del gobierno y por cuyo nombre, dice, fue llamada Hispania en lugar de Hesperia³⁰. He aquí el trascendente texto:

Y tras conquistar, o más bien, devastar Hispania, que desde sus orígenes, tan pronto como la habitaron los cetúbales, disfrutaba de una suficiente y próspera felicidad, a sus desgraciadas gentes, a quienes la larga tranquilidad había hecho débiles e indolentes, la espada de Hércules puso bajo el yugo de los griegos, que por naturaleza son hostiles a los sometidos, y les puso al frente a Hispán, un noble al que había criado desde la adolescencia, y por el nombre de éste llamó Hispania a Hesperia³¹.

He aquí ya nuestro héroe epónimo y el primer «gobernante» de una España más o menos pacificada y unificada. Lo útil a los propósitos del Toledano es el colofón cronológico:

²⁷ Una etimología ya conocida —y rechazada— por Plinio el Viejo (*Hist. Nat.* III, 8).

²⁸ Es la etimología de San Isidoro (XV, 1, 71): *Hispalim autem a situ cognominata est, eo quod in solo palustri suffixis in profundo palis locata sit, ne lubrico atque instabili fundamento cederet.*

²⁹ Cf. J.A. Estévez Sola, *op.cit.*, p. 149.

³⁰ San Isidoro (*Etym.* XIV 4, 29) hacía proceder Hispania de Híspalo: *Hispania prius ab Ibero amne Iberia nuncupata, postea ab Hispalo Hispania cognominata est. Ipsa est et vera Hesperia ab Hespero stella occidentali dicta.* Lucas de Tuy, en la loa de Hispania incluida en su *Chronicon*, daba una etimología griega: *is* «uno», *pan* «todo», *ia* (?) «estrella»; es decir, «sola toda estrella». Cf. J. A. Estévez Sola, *op. cit.* y «Algo más sobre los orígenes míticos de Hispania», *Habis* 24, 1993, pp. 207-217. En el *Epítome de las Historias Filípicas* de Pompeyo Trogo realizado por Justino en el siglo II-III d.J.C., en el capítulo XLIV que se ocupa monográficamente de Hispania, ya se leía: *Hanc ueteres ab Hiberno amne primum Hiberiam, postea ab Hispalo Hispaniam cognominaverunt.* (1.2).

³¹ I.5. 46-53: *Et obtenta Hispania, immo uerius desolata, que a sui principio, quam primo Cetubales habitantur, satis prospera felicitate gaudebat, infelices populos, quos longa quies inermes fecerat et ignauos, Grecorum iugo, qui naturaliter subditis sunt infesti, gladius Herculis subiugauit, dimissoque eis Hispan quodam nobili qui secum ab adolescentia fuerat conuersatus, ab eius nomine Hesperiam Hispaniam nominauit.*

Por aquel tiempo, Alejandro raptó a Helena y estalló la guerra de Troya, que duró diez años. (I, 6, 45-6)

Hispán es, por lo tanto, anterior a la guerra de Troya. A narrar sus obras dedica el capítulo VII y último de la historia de la España primitiva. Entre ellas cuenta nada menos que la fundación de Segovia (de *secus Cobiam* «junto a Cobia») y la construcción de su acueducto o la edificación de las «torres en el Faro de Galicia y en Gades», tradicionalmente atribuida a Hércules.

No estaba relatando Jiménez de Rada despreocupadamente estos precedentes míticos. Es opinión de R.B. Tate³² que el Toledano vio en la leyenda de Hércules la clave para una etnología clásica de la monarquía española. La aparición del gobernante epónimo Hispán, aunque tarde, sería paralela a la creación de Franco, hijo de Eneas y fundador de la dinastía francesa en la *Crónica* de Fredegario (siglo VII), y de Brito, hijo de Silvio de la estirpe de Eneas en la *Historia regum Britanniae* de Godofredo de Monmouth³³. El propósito de Jiménez de Rada no habría sido otro que el de proveer a la población española de antigüedad constatable y de raigambre legendaria.

Ciertamente, las imágenes que propagaba Hércules cuando mata al monstruo Gerión, pacifica gentes salvajes, funda ciudades y reinos y, en general, lleva la civilización a hombres incultos eran muy útiles para la propaganda de los que se consideraban sus sucesores. Ya en Grecia se hizo lo propio con Alejandro Magno, y en Roma la propaganda imperial había establecido una relación íntima entre Augusto y el mito de Hércules en el Oeste, donde se destacan los aspectos de portador de paz y civilización y su reputación como guerrero contra las gentes bárbaras³⁴. Pero no lo vio así el Toledano, que ha destacado de Hércules más su papel como conquistador que como pacificador y héroe civilizador, papel este último que corresponde más bien a Hispán, el «gobernante» epónimo a quien se caracteriza de bueno y sabio. Y es que a Jiménez de Rada le importa mucho más el glorioso pasado godo, cuya historia afronta rápidamente; pues fueron los godos quienes recuperaron para España —afirma— la libertad que le arrebataron griegos y

³² «Mitología en la historiografía española de la Edad Media y del Renacimiento», en *Ensayos sobre la Historiografía Peninsular del siglo XV*, Madrid, 1970, pp. 13-32; p. 18.

³³ Cf. R.E. Asher, *National Myths in Renaissance France: Francus, Samothés and the Druids*, Edimburgh, 1993, *passim*.

³⁴ Cf. R. C. Knapp, «La vía heraclea en Occidente: mito, arqueología, propaganda, historia», *Emerita* 54, (1986), pp. 103-122; p. 120.

romanos. Ciertamente, ser herederos directos de un pueblo que había subyugado a la propia Roma y cuyo dominio se había extendido desde la Tingitania al Ródano, daba a los reyes de Castilla ínfulas y justificación suficientes para sus ansias internacionalistas. De otro lado, la Península estaba en ese momento dividida en cuatro reinos, aparte de los árabes, y puede que el Toledano añore y ponga como modelo a seguir el unificado reino godo³⁵.

Del valor propagandístico que podía tener la saga mítica de Hércules sí se aprovechó Alfonso X, primer continuador en romance de Jiménez de Rada. En efecto, su *Estoria de Espanna o Primera Crónica General*³⁶ presenta un enfoque diferente de la historia de España. Si el Toledano consideraba al pueblo hispano personificado en los godos y en su *De rebus Hispaniae* los tiempos anteriores a ellos son resumidos, como hemos visto, en siete breves capítulos, Alfonso concibe la historia de España como una unidad desde la edad primitiva hasta sus días y da a lo pregodo, sobre todo al período romano, la importancia que le corresponde. Los tres capítulos primeros, que reproducen los correspondientes del Toledano sin prácticamente variar nada, se consagran a la mitología bíblica: la Creación y el Diluvio, la división del mundo con la población de Europa por los hijos de Jafet y de España, en concreto, por Túbal y sus «compannas», que «poblaron toda Espanna, e a las tierras que poblauan ponienles nombres dessi mismos» (cap. 3). Inmediatamente después, como sucedía en la *Historia* de Jiménez de Rada, es la legendaria llegada de Hércules a la Península y la «fundación» de España por «Espán» la que se describe con mayor detalle y amplitud:

mas por que los sos fechos [sc. de las «compannas de Tubal»] no fueron muy señalados pora contar en est estoria, tornaremos a hablar de Hercules, que fue ell omne que mas fechos sennalados fizo en Espanna en aquella sazón. (cap. 3)

Sin embargo, se producen significativas innovaciones con respecto al relato del Toledano, que ya no es la única fuente utilizada³⁷. Se habla de tres Hércules:

³⁵ Cf. J. Fernández Valverde, «Introducción», en *Rodrigo Jiménez de Rada. Historia de los hechos de España*, Madrid, 1989, p. 47.

³⁶ *Primera Crónica General de España*, ed. de R. Menéndez Pidal, Madrid, 1977 (3ª reimpr.).

³⁷ Cf. I. Fernández-Ordóñez, *Las Estorias de Alfonso X*, Madrid, 1992, p. 80: «Mientras que la *Estoria de Espanna* aprovechó una fuente árabe desconocida para completar el relato del arzobispo, fuente que se convierte en la única entre los capítulos 10 y 15, la *General Estoria* ignora ese texto árabe y se limita a transcribir la obra del Toledano». Cf. también pp. 119-138, donde se analizan las coincidencias de la *Estoria de España* con la *Crónica del moro Rasis* y algunas obras de historiadores y geógrafos hispano-árabes.

del primero no cuentan nada las historias, sólo que «fue en el tiempo de Moysen» y que «fizo grandes fechos e buenos». El segundo, por sobrenombre «Sanao», «fue natural duna cibdat que dixieron Fenis». Hércules el tercero es el que «fizo los muy grandes fechos de que tod el mundo fabla» y fue por imitación de éste que los primeros tomaron su nombre, que significa «batallador onrado o alabado en fuerça e en lit». Procedía de «muy grand linage, como que fue fijo del rey Jupiter de Grecia e de la reyna Almena». Es éste el que llega con diez naves desde África a España. Primero recaló en la «ysla» donde fundó Cádiz, para ir después al lugar donde «agora es poblada Sevilla»; pues, a diferencia del Toledano, tras consultar a Atlas, «muy grand sabio del arte destronomia», Hércules no fundó Sevilla, sino que construyó un monumento donde posteriormente nada menos que Julio César haría florecer la ciudad «por las cosas que y fallo que fiziera Hercules».

Luego «ouo sabor de veer toda la tierra que era llamada Esperia» y, cuando estaba en Lisboa³⁸, oyó hablar del terrible y cruel tirano Gerión, «que tenie la tierra desde Taio fasta en Duero, e por que auie siete prouincias en su sennorio fue dicho en las fabliellas antiguas que auie siete cabeças». A petición de sus descontentos súbditos, luchó contra Gerión y le venció. Hércules aparece aquí como un libertador, no como el conquistador que quería el Toledano, y Gerión ya no es el pastor indolente y pacífico, sino todo lo contrario. Además, se le caracteriza como un gran «sabio» (como el propio Alfonso) «ca leyo Hercules et fue grand estrellero e otrossi grand sabio en los otros saberes»³⁹.

Hispan sigue siendo el primer «sennor» de todos y «ome que amaua iusticia e derecho e fazie bien a los omnes». Pero ahora no es compañero, sino sobrino de Hércules y tan sabio como él. Se crea de esta manera un lazo de consanguinidad con el héroe, porque el *imperium*, motivo que preside las *Estorias* de Alfonso⁴⁰, sólo se transmite por linaje. Así dice la *Primera Crónica General*:

[Hércules] non quiso que fincasse la tierra sin omnes de so linage, [...] E sobre todos fizio sennor un so sobrino, que criara de pequenno, que auie nombre Espan: y esto

³⁸ Lo que se aprovecha para relacionar la saga de Ulises con la Península al explicar el origen de *Lixbona*: «fue depues poblada que Troya fue destroida la segunda vez; e començara la a poblar un nieto dUlises que auie aquel mismo nombre, e por que el no la uiuo acabar ante de su muert, mando a una su fija, que auie nombre Buena, que la acabasse, y ella fizio lo assí, e ayunto el nombre de so padre y el suyo, e pusol nombre Lixbona». (cap. 7)

³⁹ *General Estoria*, ed. de A.G. Solalinde, Lloyd A. Casten y Victor R.B. Oelschläger, Madrid, 1957, I, p. 305.

⁴⁰ Cf. I. Fernández-Ordóñez, *op. cit.*, *passim*.

fizo el por quel prouara por much esforçado e de buen seso; e por amor del camio el nombre a la tierra que ante dizien Esperia e pusol nombre Espanna. (cap. 8)

Es evidente que Alfonso X quiere dar relevancia histórica a Hércules, que fue nada menos que hijo del «rey Júpiter», de quien «uinieron los reyes de Roma e de Troya e de Grecia e los otros altos príncipes», como dirá en la *General Estoria*⁴¹. Es como si quisiera mostrar la relación y continuidad de su monarquía respecto a la estirpe del héroe, en general, y de Hispán, el primer rey «oficial» de Hispania, en particular⁴². Es significativo que en la *General Estoria*, que dedica al héroe toda una *estoria unada*, no haya mención del parentesco con Hispán; seguramente porque el objetivo de su composición era distinto al de la *Estoria de Espanna*, más preocupada por narrar, sin solución de continuidad, la historia del *senhor* o pueblo que en cada momento posee el *imperium* sobre la Península.

Pero a cada pueblo no se da la misma importancia. Así, el amplio tratamiento que se concede a la historia del «señorío» de Roma⁴³ trataría de asegurar la pertenencia del espacio hispánico a la historia común de Europa y perseguiría demostrar que la corona imperial romana habría pasado (teoría de la *translatio imperii*) a España tras la victoria de los godos sobre Roma. No debemos olvidar que Alfonso pretendió la corona del sacro imperio romano-germánico durante gran parte de su vida⁴⁴.

Desde la muerte de Alfonso X (1284) hasta finales del siglo XIV, la Corona castellana sufre una inestabilidad dinástica que indudablemente repercutirá en el quehacer del cronista, tan apegado a la corte. Las crónicas se limitan a los acontecimientos de cada reinado o de cada uno de los reinos de la Península, pues, en estos años de preeminencia nobiliaria, poca nostalgia se sentía por el pasado leja-

⁴¹ *General Estoria*, I, p. 191.

⁴² Alfonso, dice F. Rico (*op. cit.* p. 120), va más allá y busca asumir tal conexión no ya con palabras, sino con hechos: halla el Acueducto de Segovia, que tan laboriosamente había construido Hispán, fundador de la ciudad, en estado ruinoso y se muestra digno sucesor de Hispán mandándolo restaurar. «Pues ‘aquella puente’ es también símbolo y cifra de la relación de Alfonso con la Antigüedad: del antaño distante, pero comunicado con la actualidad, por el acueducto de la historia, fluyen las aguas que sustentan y animan el hogar».

⁴³ De los seis pueblos que ocuparon la Península: griegos, «almujuces» venidos de Caldea, africanos o cartagineses, romanos, los bárbaros vándalos, suevos, hunos y silingos y godos, a los romanos dedica la mayor parte (341 capítulos).

⁴⁴ Cf. Ch.F. Fraker, «Alfonso X, the Empire, and the *Primera Crónica*», *Bulletin of Hispanic Studies* 55, 1978, pp. 95-102. También F. Rico, *op. cit.*, pp. 110-120.

no y común⁴⁵. De hecho, muchas de esas crónicas se retrotraen exclusivamente a los comienzos de la Reconquista y sólo se preocupan de presentar la historia de un grupo de poder o de una región concreta. Así, la *Crónica de veinte reyes, que comienza con los jueces y condes de Castilla*, o la *Crónica de los reyes de Castilla*, que empieza con Fernando I. Y lo mismo cabe decir, en general, de las que se componen por la misma época en Aragón, Navarra o Cataluña. Si no es el caso, cuando remontan los orígenes de sus pobladores a los tiempos más antiguos, también es Túbal el que está en el principio y, a continuación, los mitos de la *Historia* de Jiménez de Rada (que suele ser la fuente), sobre todo los relacionados con Hércules, pero adaptados a sus respectivos territorios⁴⁶.

Con pretensiones algo mayores que esas crónicas particulares se citan la *Crónica* de D. Juan Manuel, realizada entre 1320 y 1324⁴⁷, y la llamada *Crónica General de España de 1344*⁴⁸, traducción española de la portuguesa *Cronica geral de Espanha* de D. Pedro de Barcelos. Pero ninguna de las dos aporta nada para nuestro objetivo, pues, en los antecedentes míticos, siguen lo consignado por la *Primera Crónica General* de Alfonso X. De hecho, la de D. Juan Manuel es un simple epítome de la del Rey Sabio (de ahí el título de *Crónica Abreviada*), que él hizo o mandó hacer para su uso particular; sólo la de 1344 tiene el interés añadido de haber contado con alguna otra fuente historiográfica, que no atañe a nuestro tema, para la reelaboración de la *Crónica* alfonsina.

Es a lo largo del siglo xv cuando parece crecer otra vez el número de apolo-gistas de la monarquía y de su antigüedad y precedencia, monarquía que, por el relevante papel desempeñado en la Reconquista, no puede ser otra que la castella-no-leonesa. Es, en efecto, en Castilla donde vemos renacer la historia «general-

⁴⁵ El siglo xiv fue el siglo aristocrático por excelencia. Sus leyendas y su literatura (las hazañas de los Lara y de los Castro, el *Rimado de palacio* o las *Mocedades de Rodrigo* e incluso innumerables anécdotas de la *Crónica de 1344* giran en torno a la independencia de un señorío casi autosuficiente. Cf. R.B. Tate, «Una apología de la monarquía», en *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo xv*, Madrid, 1970, pp. 105-122; p. 121. También, L. Suárez Fernández, *El canciller Ayala y su tiempo*, Vitoria, 1962, *passim*.

⁴⁶ Cf. Cirot, G., *Les Histoires Générales d'Espagne entre Alphonse X et Philippe II (1284-1556)*, Bordeaux, 1904, pp. 21-28.

⁴⁷ El texto puede verse en D. Juan Manuel, *Obras Completas*, ed. de J. M. Blecua, vol. II, Madrid, 1983. Fundamental es el artículo de D. Catalán, «Don Juan Manuel ante el modelo alfonsí», en *Juan Manuel Studies*, I, 1977, pp. 17-51.

⁴⁸ Edición reciente de D. Catalán y M^a S. de Andrés, Madrid, 1971. Sobre esta *Crónica* puede verse D. Catalán, *De Alfonso X al conde Barcelos. Sobre el nacimiento de la historiografía romance en Castilla y Portugal*, Madrid, 1962.

nacional». Ahora todos los acontecimientos importantes de la antigüedad se relacionarán no con Hispania, sino con Castilla; o mejor, con Hispania considerada bajo la guía de Castilla⁴⁹. Desde esa perspectiva, se ha despertado de nuevo el interés por la historia general de la Península, basada en los mismos principios de orden y de continuidad para la institución monárquica desde los tiempos más remotos.

Ese interés fructificará en la *Suma de las Crónicas de España*, debida a Pablo de Santa María, un judío converso que llegó a obispo de Cartagena (1402) y Burgos (1414); en el *Repertorio de los Príncipes de España*, del giennense Pedro de Escavias (1467-1475)⁵⁰; en la *Coronica de España abreviada*, de mosén Diego de Valera, y, especialmente, en las historias, escritas en latín con el deseo de traspasar las fronteras, tituladas *Hispaniae regum anacephaleosis* de Alfonso García de Santa María —o Alfonso de Cartagena— (1456)⁵¹, hijo de Pablo de Santa María, y en la *Compendiosa Historia Hispanica* de Rodrigo Sánchez de Arévalo (1470)⁵².

Puesto que las primeras son más bien obras de vulgarización que, en lo que respecta a los tiempos primigenios de España, nada añaden al plan trazado por la *Primera Crónica General*⁵³, veamos de qué modo en la *Anacephaleosis*, o «recapitulación»⁵⁴, fueron remodeladas «suposiciones tradicionales para salir al encuentro de situaciones contemporáneas», como dice R. B. Tate⁵⁵. Es, en efecto, uno de los primeros testimonios explícitos de la toma de conciencia por Castilla de su propio pasado y del papel particular que reclama para sí en los

⁴⁹ Cf. R. B. Tate, «Mitología en la historiografía española de la Edad Media y del Renacimiento», en *Ensayos sobre la Historiografía Peninsular del siglo xv*, Madrid, 1970, pp. 13-32; p. 21.

⁵⁰ Edición moderna de M. García, Instituto de Estudios Giennenses, Madrid, 1971

⁵¹ *Alfonsi a Cartagena Episcopi Burgensis Regum Hispaniae Anacephaleosis*, en *Hispaniae Illustratae...scriptores varii*, ed. A. Schott, 4 vols., Frankfurt, 1603-1605. La *Anacephaleosis* está en el volumen I. Hay una tesis doctoral inédita de Y. Espinosa Fernández, *Alonso de Cartagena, Hispaniae regum Anacephaleosis*, Madrid, 1989.

⁵² *Roderici Santii Episcopi Palentini historiae Hispanicae partes IV*, en *Hispaniae Illustratae...scriptores varii*, ed. A. Schott, 4 vols., Frankfurt, 1603-1605. La *Compendiosa*, nombre por el que se la conoce, está en el volumen I, pp. 121-246.

⁵³ Cf. Cirot, G., *op. cit.*, pp. 4-5 y 40-41.

⁵⁴ El título original de la obra debía de ser *Genealogia Regum Hispaniae* y no *Anacephaleosis*, título que se registra en las versiones impresas tardías y parece apuntar a un empeño profesional y humanista de mediados del xvi.

⁵⁵ «La *Anacephaleosis* de Alfonso García de Santa María, Obispo de Burgos, 1435-1456», en *Ensayos sobre la Historiografía Peninsular del siglo xv*, Madrid, 1970, pp. 55-73; p. 56.

nuevos tiempos. Si el autor hubiera tenido la oportunidad de completar la obra que originalmente planeó, estaría en la misma relación con su época que la que tiene la *Historia* de Jiménez de Rada con el siglo XIII, obra que, por lo demás, está en la base de la *Anacephaleosis*⁵⁶. Tomando de aquélla los relatos míticos e históricos básicos, Alfonso de Cartagena pretende establecer la mayor antigüedad de la monarquía castellana no sólo frente a las demás monarquías peninsulares, sino también frente a las europeas. Y ello con una motivación política clara: defender derechos de precedencia y conquista para la Corona de Castilla⁵⁷.

Los datos sobre la repoblación del mundo después del Diluvio y la descendencia de los españoles de Túbal no presentan variación con respecto a la obra del Toledano. Pero, en lo que atañe a Hércules, sigue la teoría de la *Primera Crónica General*, al considerar que el héroe vino a liberar a los pobladores de España de la tiranía de Gerión. Ya vimos cómo la interpretación evermística había permitido hacer de Gerión uno de los soberanos de España; pero como realmente fue señor de Extremadura, Andalucía y Galicia, Alfonso de Cartagena considera que debía ser llamado con más propiedad antiguo rey de Castilla.

No obstante, pocas son las líneas que se dedican en la *Anacephaleosis* a este pasado mítico, que se nos da completamente condensado y siguiendo el esquema tradicional: venida de los hijos de Jafet a Europa y de Túbal a España; desembarco de Hércules en la Península, lucha con Gerión y Caco y fin de la historia primitiva con la referencia a Hispano, que ahora es *nepos* de Hércules (traducción latina del «sobrino» de la *Estoria de Espanna*), y a sus sucesores Liberia, hija única de Hispano, y el afortunado que consiguió su mano: Piro de Grecia:

Y así, Hércules, después de matar a Gerión y a Caco y después de realizar magníficas obras en Hispania, regresó a Grecia dejando a un sobrino suyo que se

⁵⁶ Cf. R. B. Tate, *Idem*, pp. 55-6.

⁵⁷ No hay que olvidar que el obispo había desarrollado una frenética actividad diplomática y, en concreto, un papel destacado en la embajada castellana enviada al Concilio de Basilea durante los años 1434-36, donde defendió los derechos de precedencia y conquista sobre las Islas Canarias de la Corona de Castilla contra los portugueses y los ingleses. Cf. R. B. Tate, *Idem*, pp. 59-61. También L. Suárez Fernández, «La cuestión de los derechos castellanos a la conquista de Canarias y el conflicto de Basilea», en *Anuario de Estudios Atlánticos* 9, 1963, pp. 11-22.

llamaba Hispano para que reinara en Hispania, por cuyo nombre se cree fue llamada Hispania [...]. Narran las historias que fue el primero que recibió el título de rey. Y éste, durante su prolongado y pacífico reinado, se cuenta que construyó numerosas y magníficas obras⁵⁸.

Escrito queda lo que interesaba decir a García de Santa María sobre los orígenes míticos de España y de su monarquía, pues a partir de aquí se recupera la tesis del Toledano sobre la herencia gótica y su continuidad en la monarquía castellana.

Siguiendo el ideario político de Alfonso García de Santa María, Rodrigo Sánchez de Arévalo⁵⁹ escribe y publica en Roma, en 1470, su *Compendiosa Historia Hispanica*. Desde tan privilegiada ciudad y en latín, quiere responder a las concepciones erróneas y al desconocimiento de la historia de España por parte de sus contemporáneos europeos y contribuir, a la manera de Salustio —confiesa en el «Prólogo»—, a su justificación histórico-literaria. Continúa la línea historiográfica de Jiménez de Rada; pero, por primera vez, utiliza como fuentes a los clásicos griegos y latinos que comenzaban a editarse y a traducirse y que constituían, como las Sagradas Escrituras, una autoridad indudable para los humanistas europeos.

Mas las hazañas de Hércules en la Península, hasta ahora núcleo básico de su pasado mítico, pierden importancia, a pesar de la intención manifiesta de seguir al Toledano. El relato se sustituye por una simple relación de nombres de reyes antiquísimos y poco más. En efecto, como Alfonso García de Santa María, cree que había habido reyes en España mucho antes de la destrucción de Troya y antes de Gerión⁶⁰. E, interpretando a Justino, abreviador de Pompeyo Trogo, cita como reyes anteriores a Hércules a Teucro, hijo de Telamón y hermano de Áyax, fundador de Teucría o Cartago Nova; al tartesio Gárgoris y a su sucesor Habis; a Caco y a Gerión *Triceps*, rey de Andalucía, Extremadura y Galicia.

⁵⁸ I, 2-3: *Hercules itaque occisis Geryone et Caco et multis magnificis operibus in Hispania factis ad Greciam est reversus, dimittens nepotem quendam suum qui Hispanus vocabatur, ut in Hispania regnaret, a cuius nomine Hispaniam vocatam putatur [...]. His Hispanus est primus quem in Hispania regium titulum assumpsisse historie narrant. Qui magno tempore in pace regnans multa magnifica opera dicitur construxisse.*

⁵⁹ R.B. Tate, «Rodrigo Sánchez de Arévalo (1404-1470) y su *Compendiosa Historia Hispanica*», en *Ensayos sobre la Historiografía Peninsular del siglo XV*, Madrid, 1970, pp. 74-104.

⁶⁰ P. 130: *Nec est dubitandum ante Geryonem reges fuisse in Hispania, licet propter nimiam antiquitatem eorum nomina non retineamus.*

Es la primera vez que nos encontramos en una historia de España a los míticos Gárgoris y Habis como reyes peninsulares. Su leyenda, según la recoge el citado Justino (XLIV 4, 1-14), dice más o menos así:

Después de la lucha de los titanes con los dioses, habitaron los bosques de los tartesios unos hombres a los que se conocía con el nombre de «curetes», cuyo anti-quísimo rey llamado Gárgoris descubrió el aprovechamiento de la miel. Gárgoris tuvo una hija que parió un niño, hijo incestuoso del padre, del que por vergüenza quiso deshacerse. Mandó, pues, dejarlo en el monte para que muriera; pero las hembras de varias fieras lo amamantaron y así, al cabo de algunos días, se lo encontraron vivo y volvió a casa. Después, el rey le hizo colocar en un camino estrecho por donde pasaban los rebaños, para que le pisotearan; pero salió ileso. Perros y cerdos hambrientos tampoco le hicieron daño. Al fin Gárgoris mandó que tiraran al niño al mar. Pero, protegido por los dioses, éste fue llevado a la orilla como en una nave. Allí se presentó una cierva que ofrecía al niño sus ubres. Creció con ésta y adquirió su velocidad y caracteres; pero en una ocasión ciertos cazadores le cogieron en un lazo y lo llevaron al rey como regalo. Gárgoris reconoció al nieto por rasgos familiares y signos corporales y, admirado de su destino, le designó su sucesor en el trono y le dio el nombre de Habis. Éste engrandeció su reino de tal suerte que parecía no en vano arrancado de tantos peligros por la majestad de los dioses⁶¹.

El relato de Justino contiene excesivos elementos inadmisibles para un cristiano. De todo él Alfonso de Cartagena sólo extrae el carácter de reyes primigenios y poco más. Vamos observando, pues, una progresiva disminución del relato mítico compensada con la inclusión de nuevos personajes legendarios al panteón real. Sin embargo, en esa línea, la elaboración más inspirada y original del período primitivo de la Península no llegará hasta la publicación a finales del siglo xv de los *Commentaria* de Annio de Viterbo, el falso Beroso, gran e influyente fabulador de los precedentes míticos de España y de su monarquía.

Pero, antes de hablar del Viterbense, debemos citar a Joan Margarit y Pau, el «Gerundense», y su *Paralipomenon Hispaniae*⁶², diez libros dedicados exclusiva-

⁶¹ Sobre el significado histórico-cultural del mito de Gárgoris y Habis cf. Julio Caro Baroja, *op. cit.*, pp. 104-6. También, J. Bermejo Barrera, «La función real en la mitología tartésica: Gárgoris, Habis y Aristeo», en *Mitología y mitos de la Hispania prerromana, I*, Madrid, 1994 (2ª), pp. 67-81.

⁶² *Ioannis episcopi Gerundensis Paralipomenon Hispaniae libri decem*, en *Hispaniae Illustratae...scriptores varii*, ed. A. Schott, 4 vols., Frankfurt, 1603-1605, volumen I, pp. 7-120. El P. Fita le dedicó en 1879

mente a la historia de la España antigua y elaborados fundamentalmente con material sacado de historiadores griegos y latinos, bien directamente, bien a través de los humanistas italianos. La influencia de la historiografía humanista ha operado en él en el sentido de considerar la antigüedad como objeto de estudio en sí misma. Concienciado como humanista de la importancia del pasado, critica el desapego que por él mostró la más influyente de las concepciones sobre la antigüedad de España, la del Toledano⁶³.

Dentro del poco lugar reservado al mito en el *Paralipomenon*, las leyendas del Hércules «español» constituyen otra vez el motivo principal. Pero el héroe ha perdido todo lo que de tal tenía. De los siete Hércules que identifica⁶⁴, el «español» fue una pobre imitación de sus antepasados. Nacido de adulterio y atraído a España por el olor del botín, después de una serie de escapadas criminales, ha matado a Gerión, guardián leal de sus manadas, y a Caco por puro interés. El glorioso héroe mítico, que liberó a los habitantes de la Península del tirano Gerión, es ahora un criminal redomado⁶⁵ en la línea de Lactancio, el gran debelador de los dioses y héroes de la mitología, en especial de Saturno y Hércules⁶⁶. Se pone en duda, igualmente, la etimología de algunos topónimos que relacionaban el lugar con algún mito fundacional. Sobre la popular *Barchinona*, por ejemplo, sentencia:

Esto, sin embargo, lo considero fabuloso, en lo que estoy de acuerdo con la autoridad de los más doctos⁶⁷.

un estudio particular al Gerundense (*El Gerundense y la España Primitiva*. Discurso leído ante la Real Academia de la Historia. Madrid), con el que evidenció su importancia en el nuevo rumbo de la historiografía española bajo la influencia de los humanistas italianos.

⁶³ P. 8: *Rodericus Toletanus antiquitatem Hispaniae subticens vel ignorans neminem ante Geryonem... Geryonis gesta sicco pede pertransit, tamquam qui per ignotam provinciam fugitivus cupit ad notam sibi pertingere.*

⁶⁴ Esta teoría margaritiana sobre la existencia de diversos Hércules es el resultado de la lectura del *De civitate Dei* de San Agustín, de las *Divinarum Institutionum* de Lactancio, de la *Biblioteca histórica* de Diodoro de Sicilia y del *De genealogia deorum gentilium* de Giovanni Boccaccio. A los dos primeros les debe la concepción evemerista de los mitos y héroes de la antigüedad clásica; a los dos últimos, la distinción entre los diversos Hércules.

⁶⁵ P. 20: *Non ergo quisquam putet hunc Herculem nostrum illum esse qui illa XXI [sic] pericula superavit. Hic enim noster sceleratissimus et omnium sui nominis deterrimus fuit.*

⁶⁶ *Institutiones Divinae*, I, 9: *Hercules, qui ob virtutem clarissimus et quasi Africanus inter deos habetur, nonne orbem terrae, quem peragrasse ac purgasse narratur, stupris adulteriis libidinibus inquinavit? nec mirum, cum esset adulterio genitus Alcimena.*

⁶⁷ P. 22: *Hoc tamen fabulosum existimo, doctissimorum auctoritati assentiens.*

Nada sobre Hispano ni sobre su hija Liberia, pues, al no hallar un testimonio clásico en favor de esos descendientes españoles de Hércules, no los incluye en su *Paralipomenon*⁶⁸.

El *Paralipomenon* constituye la primera tentativa moderna de construir un «prólogo» adecuado a la historia de España⁶⁹, pero sin la ayuda artificial del mito y, mucho menos, de invenciones como las que se cifran en las historias de Annio de Viterbo. Fracasó, sin embargo, Margarit en el intento, pues su obra desapareció en el tiempo de la popularidad de los anales del Viterbense, que volvieron a introducir gran número de fábulas con el propósito de ampliar y encarecer el fondo de la antigüedad española. De hecho, aunque Margarit compuso su obra en torno a 1481, no fue publicada hasta 1545 por Sancho de Nebrija.

Hasta ahora todas las referencias míticas parecen más o menos las mismas, con variaciones no muy sustanciales motivadas por las intenciones del autor. Los autores de las dos principales historias del siglo xv, Alfonso García de Santa María y Rodrigo Sánchez de Arévalo, eran conscientes de la falta de información y testimonios fiables sobre la prehistoria de la Península, de ahí el poco espacio que dedican a sus antecedentes míticos. Pero la escasez de testimonios no constituye impedimento alguno para el inteligente dominico Giovanni Nanni de Viterbo (que latinizó su nombre en Annius Viterbensis, según el prurito humanista), pues él mismo inventa aquellos testimonios de autores antiguos que le sirven de apoyatura para el relato de los tiempos primigenios de España y de sus primeros reyes. A ellos les dedica un libro que titula *De primis temporibus et quatuor ac viginti regibus Hispaniae et ejus antiquitate*, una especie de prontuario que se añade a algunas ediciones de su obra magna: *Commentaria super opera auctorum diversorum de antiquitatibus loquentium; eiusdem chronographia etrusca et italica*. La obra se publicó por primera vez en Roma, en 1498, y aparece dedicada, oportunamente, a los Reyes Católicos, testigo como era el viterbense de la cada vez mayor influencia española en la política italiana.

⁶⁸ «Margarit, dice R.B. Tate («El *Paralipomenon* de Joan Margarit, cardenal obispo de Gerona», en *Ensayos sobre la Historiografía Peninsular del siglo xv*, Madrid, 1970, pp. 123-150; p. 146), en su preferencia por la exposición euhemerística de la mitología, refleja el punto de vista de Leonardo Bruni, que tendía a rechazar la leyenda innecesaria tanto en la antigüedad como en los tiempos modernos».

⁶⁹ *Idem*; p. 135.

A pesar de que se produjeron muy tempranas denuncias sobre la falsedad de sus textos⁷⁰, la obra de Annio tuvo una aceptación inmensa tanto en España como fuera, a juzgar por el número de traducciones y de ediciones y reediciones que de ella aparecieron por toda Europa, de las cuales la más divulgada fue la de Amberes de 1552⁷¹. En ella aparece ya el nombre de Beroso destacado en el título, porque es este autor con sus apócrifos textos quien da las claves para obtener una visión completa de la historia primitiva del mundo y de cada una de las naciones que se citan desde sus orígenes, razón por la que a Annio se le conoce más como «Beroso» o «el falso Beroso».

En efecto, basándose en el supuesto testimonio del caldeo Beroso, que escribió en griego unas *Historias de Babilonia* en torno al siglo III a.J.C.⁷², y en los de otros autores antiguos interpretados sagazmente, daba a los españoles prioridad sobre los griegos y romanos en el dominio cultural e histórico; en lo cultural porque los hispanos, según Estrabón y Beroso, conocieron la escritura y tuvieron filosofía y leyes mucho antes que los griegos⁷³. En lo histórico, porque, siguiendo

⁷⁰ La primera atestiguada es de 1504, realizada por Pietro Crinito, *De honesta disciplina*, XXIV, 12. Cf. E. N. Tigerstedt, «Johannes Annius and Graecia mendax», en *Classical, Medieval and Renaissance Studies in Honour of B. L. Ullman*, Roma, 1964, II, pp. 293-310; p. 296 y s. La sospecha sobre la autenticidad y, a la vez, la fortuna de las invenciones de Annio la resume, con gracia, Erasmo cuando escribe en 1518: «mihi non admodum satisfaciunt quae ab Annio collecta sunt, scriptore, ut mihi subolet, primum temerario, deinde glorioso, postremo Praedicatore» (*Opus epistolarum*, ed. P.S. Allen, III, Oxford, 1913, 237-238).

⁷¹ *Berosi sacerdotis Chaldaici, Antiquitatum Italiae ac totius orbis libris quinque, Commentariis Ioannis Annii Viterbensis*, Antverpiae, in aedibus Ioan. Steelsii, 1552. En ella el libro *De primis temporibus et quatuor ac viginti regibus Hispaniae et ejus antiquitate* ocupa el último lugar, como si de un añadido-resumen sobre la antigüedad de España se tratase.

⁷² Los fragmentos que se conservan del auténtico Beroso fueron editados por F. Jacoby en *Die Fragmente der Griechischen Historiker*, III C, Leiden, 1958, pp. 364-397. Escribió en griego una obra histórica titulada *Babiloniaká*, dedicada a Antíoco III. Los fragmentos que conservamos son, fundamentalmente, los resúmenes y citas que de ella hacen Flavio Josefo y Eusebio de Cesárea sobre la Creación, los diez reyes anteriores al Diluvio, el Diluvio mismo, el arca de Noé y la restauración posterior de la realeza, con otra larga lista de reyes hasta la tardía historia de Asiria, Babilonia y Persia. Beroso, aun apoyándose en fuentes y documentos que se han confirmado como exactos, definió un ciclo histórico fabuloso de 36.000 años; es decir, y de ahí su autoridad, que abarcó lo más antiguo que cabía imaginar en la Antigüedad.

⁷³ *De primis temporibus...* Cap. II: *Hispaniae quam Graeciae antiquior est splendor et philosophia* (f. 290v de la ed. de Amberes). Cf. también en los *Commentaria* al libro V de Beroso (f. 36v): *Quare philosophia et literae non minus septingentis annis fuere ante Hispanis quem Graecis. Initium ergo Philosophiae a Barbaris non a Graecis fuerit. Quadrant autem traditiones Hispanorum, et Berosi dicentis, quod Tubal Samothēs, et Tuyscon anno quarto Nini formant legibus sua regna. Et ut ait Strabo, circa Beticam doctiores Hispani ea tempora tradunt*. Pero el polivalente viterbense también sería utilizado en otras naciones europeas con ese mismo propósito de otorgarse la primacía cultural e histórica. Cf. R.E. Asher, «Berosus», en *National Myths in Renaissance France: Francus, Samothēs and the Druids*, Edimburgh, 1993, cap. II.

do al mismo Beroso, la serie de los reyes de España arranca 143 años después del Diluvio y 637 años antes de la fundación de Troya.

Annio de Viterbo, en efecto, consolida y eleva a veinticuatro el número de reyes fabulosos de España. La lista aparece encabezada, como es tradicional, por Túbal, el primer rey de Hispania y quien dio leyes a los hispanos y les enseñó las letras, la poesía y la filosofía moral. Pero es a partir del segundo rey cuando Annio se nos muestra casi completamente original al pergeñar un listado de reyes sin solución de continuidad en que combina y concilia tradiciones de distinta procedencia: hebrea, babilónico-caldea, egipcia y greco-latina.

Este afán conciliador no es nuevo, ya lo vimos en Jiménez de Rada; como tampoco lo es el método para descubrir los nombres de los antiguos reyes hispanos: ríos, montes, ciudades y étnicos, analizados adecuadamente, guardan el recuerdo de héroes y personajes antiguos y originarios. Así, deriva de ríos los nombres de los reyes *Iberus* (sucesor e hijo de Túbal), *Tagus*, *Betus* y *Sycoris*. *Brigus* lo saca del elemento toponímico *-briga*, tan abundante en España; con Valencia relaciona al rey *Romus*, por correspondencia semántica entre el latino *valentia* y el griego *rhóme*. De étnicos peninsulares o extra-peninsulares, pero relacionados con ámbitos de influencia de la monarquía de los Reyes Católicos, deriva los nombres de los reyes *Sicanus*, *Siceleus*, *Siculus* (de Sicilia, bastión de la *Monarchia Hispanica* en el Mediterráneo), *Lusus*, *Italus*; etc. Pero nos interesa, sobre todo, estudiar el tratamiento de los reyes míticos pertenecientes al fondo historiográfico hispánico, que Annio conocía sin duda alguna⁷⁴. Veamos cuál es la reelaboración del viterbense.

Gerión (Criseo o Áureo de cognomen por su riqueza), poseedor de rebaños innumerables, aparece como el séptimo rey de España. Su nombre proviene de *Gera*, que quiere decir en hebreo «advenedizo», porque este tirano llegó de África. Para liberar a los españoles de su cruel gobierno, vendrá el benefactor y justo Osiris, rey de los egipcios, que también liberó a los italianos de los gigantes. Muerto Gerión, Osiris regresó a Egipto y en España quedaron los tres hermanos Geriones, pues así se interpreta ahora el tradicional *Triceps*, que Annio sustituye por *Trigeminus*. Una vez adultos, se hicieron con el reino y los tres a una fueron el octavo rey de España con el nombre de *Trigeminus Gerion*. Para vengar la

⁷⁴ En varias ocasiones cita a *Toletanus clarus historicus Rodericus*.

muerte de su padre, aprovecharon una gran coalición de príncipes del mundo, que instigaron a Tifeo (o Tifón) para que matara a su hermano Osiris y se apoderara del trono de Egipto. No quedó la conspiración ni el fratricidio mucho tiempo sin venganza; pues Hércules Libio (o Egipcio), hijo de Osiris, se paseó por el mundo con un gran ejército y acabó con la vida de quienes habían conspirado contra su padre (entre ellos, Tifeo, Busiris y Anteo), llegando hasta España, donde dio muerte a los hermanos Geriones. La comparación de este Hércules con los Reyes Católicos no se hará esperar por parte del viterbense, que, al tratar de la Bética (cap. IX), escribe:

Ésta vosotros, protectores de la felicidad, felicísimos reyes de España Fernando e Isabel, de las manos de los impíos la arrebatasteis, como hizo Hércules Egipcio de las manos de los Geriones⁷⁵

.Marchó después a Italia a luchar contra los lestrigones, no sin antes haber nombrado rey a su hijo *Hispalus* (en la cuenta de Annio, el noveno rey). A *Hispalus* le sucede *Hispanus*, *nepos* de Hércules, que da su nombre a la Península. El *nepos* «sobrino» de García de Santa María, es ahora claramente «nieto». Así de salomónicamente resuelve Annio el contencioso sobre el fluctuante *Hispanus/Hispalus* con que se venía denominando al legendario monarca. Su hija Liberia es ahora *Iliberia*, inteligente manera de aludir a la Granada (*Iliberis*) recientemente anexionada a la monarquía española por los Reyes Católicos.

Hércules (*Hercules Lybicus*) regresará ya anciano a España, donde sucede en el trono a su nieto fallecido y funda las ciudades acostumbradas y alguna más: *Iulia Libica* (Llivia) y *Herculea Cervalaria* (en la Cerdaña), alusión evidente a la españolidad del Rosellón y la Cerdaña⁷⁶. El sucesor de Hércules fue *Hesperus* a quien su hermano Atlas —el que era legendario compañero de Hércules—, que había nacido en Italia (*Italus Atlas* le llama Annio), le derroca y obliga a huir. Se refugia en Toscana, donde enseña al joven monarca *Coritus*. *Italus Atlas* se acabaría apoderando también del país del que procedía. Otra diplomática forma de incluir en nómina el mítico nombre de la Península y de relacionar Italia con

⁷⁵ F. 293v: *Hanc vos felicitatis auspices, felicissimique Hispaniae reges Ferdinande atque Isabella e manibus impiorum, ut Aegyptius Hercules e manibus Gerionum, eripuistis.*

⁷⁶ Cf. Pérez Vilatela, L., «La onomástica de los apócrifos reyes de España de Annio de Viterbo y su influencia», en José M^a Maestre y J. Pascual (coord.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico I. 2*, Cádiz, 1993, pp. 807-819; p. 811.

España⁷⁷. Annio de Viterbo citará, finalmente, a *Cacus*, a *Erythrus* y a *Mellicola*, que ocupan los tres últimos lugares de su real lista. *Cacus* es un joven celtíbero, el primero en utilizar armas de hierro (vestigios de su mítica caracterización como hijo de Vulcano), que reinó en España antes del nacimiento del Hércules griego. Por ello, dice Annio, Eusebio se equivoca al relacionarlo con sus hazañas. El segundo saca su nombre de la isla *Erythra*, «la roja», situada frente a Gades. En esto ha venido a parar la Eritía (*Erytheía*) de las fuentes clásicas, la isla de Gerión y el lugar donde Hércules le robó el ganado y le dio muerte. Es a propósito de este rey *Erythrus* cuando Annio cita el bandidaje y piratería del Hércules Griego o *Hercules Alceus*. *Mellicola*, por fin, es el tradicional Gárgoris, que fue el primero en enseñarle a los hispanos la recolección de la miel: de ahí su nombre. A Habis lo cita de pasada, como heredero de la fortuna de su abuelo Gárgoris Melícola. Pero Annio, que sin duda conocía su incestuosa procedencia, no le otorga la condición de rey. Tras su muerte el dominio de la Península pasó a los cartagineses.

Nos encontramos, según su cronología comparada, en el primer año después de la destrucción de Troya, a 1131 años del diluvio, a 988 de la fundación de Hispania, 131 años antes de la fundación de Roma y 1188 años antes de Cristo. ¿Cabe más confusión y, a la vez, mejor propósito y mayor cohesión para las distintas versiones e interpretaciones racionalistas de las leyendas y personajes que desde antiguo se relacionaban con el pasado mítico de la Península? Mediante la inteligente manipulación del mito, queda probado una vez más el antiquísimo y glorioso origen de España. De paso, se supera el despectivo juicio de aquellos humanistas italianos que hacían proceder a los españoles de los incultos godos, destructores del Imperio Romano⁷⁸:

Los godos posteriores no alteraron —escribe Annio— el venerable origen del pueblo de España. Este es, pues, excelsos reyes Fernando e Isabel, cristianísimos príncipes, vuestro verdadero origen, tan grande como inalterado⁷⁹.

⁷⁷ Pérez Vilatela (*op. cit.*, p. 812) ve en el nombre de *Italus Atlas* «todo un programa político de unificación del Mediterráneo occidental. No se olvide que en estos años de fines del siglo xv se estaban ocupando las plazas norteafricanas (Melilla, Alcazarquivir, etc.).»

⁷⁸ Cf. R.B. Tate, «Rodrigo Sánchez de Arévalo (1404-1470) y su *Compendiosa Historia Hispanica*», en *Ensayos sobre la Historiografía Peninsular del siglo xv*, Madrid, 1970, pp. 74-104; p. 93: «A partir de Petrarca y Boccaccio los eruditos habían expuesto la idea de que los godos fueron los responsables de la destrucción del Imperio Romano, iniciando a continuación un reinado de oscuridad cultural que había comenzado a desaparecer únicamente en el tiempo presente».

⁷⁹ F. 291r: *Posteri Gothi non variaverint priscam originem Hispanicae gentis. Haec igitur est tum invariata, tum maxime vera vestra origo celsi reges Ferdinande et Helisabet christianissimi principes.*

Lo cierto es que las fabulaciones de Annio ejercieron una considerable influencia sobre los historiadores posteriores, que incluso las revisaron y aumentaron al socaire de sus propios intereses⁸⁰. Por citar sólo a los más importantes, en el siglo XVI, son deudores del Viterbense: Lucio Marineo Sículo, quien, en la segunda edición de su *De rebus Hispaniae memorabilibus*, publicada en 1530, incluye un libro (el sexto), que titula *De primis Hispaniae et aliarum regionibus cultoribus*, en la estela del viterbense. Juan Ginés de Sepúlveda, que como historiador real, compuso en treinta libros una *De rebus gestis Caroli Quinti*⁸¹. Sólo en el libro I, el dedicado a relatar los periodos históricos anteriores a Carlos V, aparecen personajes y episodios mitológicos sacados fundamentalmente del «Beroso», que Ginés de Sepúlveda cita con elegantísima prevención. Más burdos en el traslado de las invenciones de Annio son La *Crónica general de toda España, y especialmente de Valencia* de Pero Antón Béuter (Valencia, 1546-1551), o el monumental *Compendio historial de las Crónicas y universal historia de todos los reinos de España* (Amberes, 1571), en cuarenta libros, de Esteban de Garibay, quien sienta su vasquismo y hace a Túbal poblar la tierra vasca antes que ninguna otra, y, a sus gentes, hablar vasco. Pero el más conocido de los «berosistas» es Florián de Ocampo, también cronista oficial de Carlos V, que en 1543 dio a luz en Zamora una *Crónica general de España*. En ella, a pesar de las reservas que en ocasiones manifiesta⁸², reproduce y detalla con habilidad los apócrifos del viterbense, consagrando un largo capítulo a cada uno de sus reyes fabulosos, incluido Habis⁸³. Georges Cirot, buen conocedor de la historiografía espa-

⁸⁰ Cf. Caballero, José A., «Annio de Viterbo y la historiografía española del XVI», en Nieto Ibáñez, J.M. (ed.), *Humanismo y Tradición Clásica en España y América*, León, Ed. Universidad de León, 2002, pp. 101-120.

⁸¹ Prácticamente desconocida hasta finales del siglo XVIII y recientemente editada y traducida: Juan Ginés de Sepúlveda, *Obras Completas*, intr., ed. y tr. de E. Rodríguez Peregrina; est. histórico de B. Cuart Maner, Pozoblanco, Córdoba, Ayuntamiento, 1995.

⁸² Cf. Cap. IV: «Bien es verdad que según las sospechas que muchos platican de este Juan de Viterbo y de su Beroso, yo quisiera tener de tiempos tan antiguos algún autor de menos inconvenientes...». Vid. J. Caro Baroja, *Las falsificaciones de la Historia*, Barcelona, 1992, pp. 84-104.

⁸³ Ni siquiera Antonio de Nebrija se libró de su influencia. Pues en el prólogo de su *Rerum a Ferdinando V et Elisabe Hispaniarum Regibus gestarum Decades II* (1510) da una lista de reyes semejante a la del Pseudo-Beroso y en 1512 publicó en Burgos una selección de los *Commentaria* de Annio. Sobre los numerosos falsarios que se compusieron a la lumbre de Annio de Viterbo vid. J. Godoy y Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*, Madrid, 1868, y J. Caro Baroja, *Las falsificaciones de la Historia*, Barcelona, 1992. El colmo del despropósito llegará con el beneditino fray Gregorio Argai, que en su enorme *Población eclesiástica de España*, de 1667, nombra nada menos que a Adán y Eva primeros reyes de España y muestra un afán desenfrenado por atribuir fundaciones de ciudades a este o aquel rey, aparte de hacer a Homero español de parte de madre.

ñola, llega a decir que la aparición de los *Commentaria* de Annio fue uno de los más importantes hechos en los anales de nuestra historiografía⁸⁴.

Durante siglos —y ya concluyo— los mitos se utilizaron tanto en España como en otras naciones europeas⁸⁵ para la formación de un imaginario patrio cuyos rasgos fundamentales eran antigüedad e identidad nacional; un imaginario del que se sirvieron, con vistas a su legitimación y propaganda, las distintas casas reales, promotores principales —no debemos olvidarlo— de las empresas historiográficas. Para su divulgación, el mejor medio era la composición de obras históricas, unas escritas en lenguas romances con el objetivo de su vulgarización, otras escritas en latín para asegurar su difusión entre las cortes europeas.

La conexión con el mundo mitológico clásico, interpretado racional e históricamente, era título de nobleza, fuente de legitimidad y forma de realzar la valía del país propio en el concierto de los pueblos. Rodrigo Jiménez de Rada, en su *Historia de rebus Hispaniae*, había buscado ese enlace trayendo definitivamente a Hércules a España, haciéndole fundador de numerosas ciudades e ideándole un compañero, Hispán, a quien el héroe confiaría el gobierno de una Península ya unificada que desde entonces llevaría su nombre. Al «canon mitológico» establecido en torno a los orígenes de la monarquía y de la población de la Península se le suman nuevos detalles y se elaboran distintas versiones en función de la intencionalidad del cronista. La personalidad relevante de los autores a quienes se copiaba o citaba les daba, de inmediato, el carácter de «autoridad» y su testimonio se aceptaba sin discusión. Esto dio pie a Annio de Viterbo para elaborar su tan coherente como imaginativo pasado de España, que fundamentaba en toda una serie de testimonios inventados o hábilmente interpretados procedentes de autores antiguos conocidos.

No obstante, contra tales invenciones y filiaciones fabulosas se alzaron ya en el siglo XVI los historiadores de más conciencia crítica, o mayor autonomía intelectual, aunque unos de forma más tajante que otros y, al parecer, no con demasiado éxito. Todavía en el siglo XVIII, el abate Masdeu comienza la parte de su *Historia crítica de España y de la cultura española* que dedicó al análisis de la «España fabulosa» de la siguiente manera:

⁸⁴ Cf. Cirot, G., *op. cit.*, pp. 66-67.

⁸⁵ Cf. C. G. Dubois, *Imaginaire de la Nation*, Bordeaux, 1992, y R.E. Asher, *op. cit.*, *passim*.

La vanidad antigua de los Griegos impostores, y las fábulas modernas del famoso Dominicano de Viterbo, son dos lagunas inmundas que han ofuscado con sus vapores las antiguas Historias Españolas⁸⁶.

Sería llegado el momento en que el historiador, dotado de mayor espíritu crítico y mejor conocimiento de las fuentes, arrojase de su obra todos esos episodios fabulosos relativos a la historia primitiva de la Península. Sin embargo, muchos de ellos, por su valor «nacionalista» o simplemente poético, habían pasado al más acogedor regazo de la literatura. A los artistas, ya lo decía Luciano, no se les puede reprochar falta de veracidad y uso de mitos, como sí se debe hacer con los historiadores.

⁸⁶ Juan Francisco de Masdeu, *Historia crítica de España y de la cultura española* II, Madrid, 1784, pp. 1-61; p. 1.